



Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad

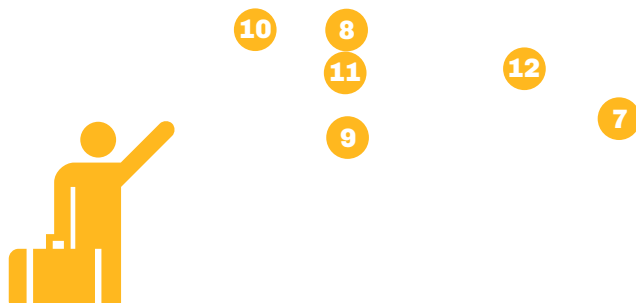


7 Cada caballo de la cuadriga tira para su lado. **8** Donde termina la Avenida Belgrano y empieza la desidia urbana. **9** Dos adolescentes se dan besos frenéticos en un portal. **10** Pasa un enjambre de motonetas rapidísimas. **11** El azul del río se le presenta como una alegría concreta. **12** Un estruendo de misiles tapa el sonido de las voces.

ArturoCancela **Rosa**Wernicke
JorgeIsaías **Rubens**Bonifacio
PatriciaSuárez **Crash**Solomonoff

Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



EMR agradece especialmente, por su colaboración en la elaboración de esta Guía, a

Ricardo Avaro
Analía Capdevila
Eduardo D'Anna
Hugo Diz
Elvio Gandolfo
Francisco Garamona
Daniel García Helder
Alberto Giordano
Diego Giordano
Rafael Ielpi
Jorge Isaías
Jorge Malla
Gladys Onega
Judith Podlubne
Agustina Prieto
Roberto Retamoso
Sylvia Saïtta
Oscar Taborda
Fernando Toloza
Alberto Carlos Vila Ortiz
Héctor Nicolás Zinni

Rosario Ilustrada / Guía literaria de la ciudad
© Editorial Municipal de Rosario 2004

Edición general Pedro Cantini
Compilación y edición Martín Prieto y Nora Avaro
Ilustración Luis Lleonart, Milena Alessio y Silvina Marietta
Diseño Cosgaya Diseño
Impresión Borsellino Impresos

Esta edición se compuso con las fuentes *Rosario* y *Chivo*, de Héctor Gatti (Rosario, Argentina, 2004).

:e(m)r;
EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO

7

Plaza San Martín

por Arturo Cancela

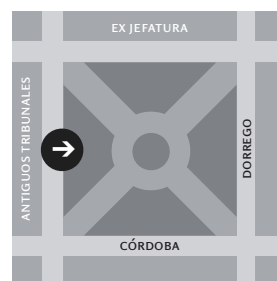
El inspector de monumentos

D José María de Inclán-Zavaleta se ha trasladado a Rosario. Como los protagonistas de varias comedias de Labiche (*Le voyage de M. Perrichon*, entre otras), el ex inspector de pesas y medidas abraja, desde hace muchos años, el propósito de ese viaje, que cerealistas y aficionados a las carreras hacen en redondo, una vez a la semana por lo menos. Pero Inclán-Zavaleta no se ha decidido a esa excursión movido por un afán concupiscente, no. El inspector de monumentos resolvió a ella para fiscalizar el estado de los trabajos del monumento a la Bandera, construcción ciclópea en que los rosarinos han empleado muchos años e ingentes bloques de piedra. Apenas llegado a Rosario, D. José María trató de dar con el emplazamiento de la formidable construcción, pero siendo de noche y hallándose en una ciudad para él desconocida optó por irse a dormir...

La estatua brújula

Al día siguiente, de mañana, una mañana radiosa con un cielo azul heráldico y un sol tan esplendoroso como el de la enseña patria, el inspector de monumentos se dio a la búsqueda del que le preocupaba. D. José María tiene respecto a este deporte algunas ideas propias. La primera es que los vecinos de una localidad ignoran la existencia de los monumentos porque a partir del día de su inauguración no vuelven a mirarlos. La segunda consiste en sostener que es más fácil dar con un monumento que con un delincuente, porque aquéllos no se mueven ni cambian de sitio sino con la complicidad del intendente.

Así, pues, en virtud de esos dos aforismos, nuestro amigo y colaborador dióse a buscar en Rosario el monumento que le obsesio-



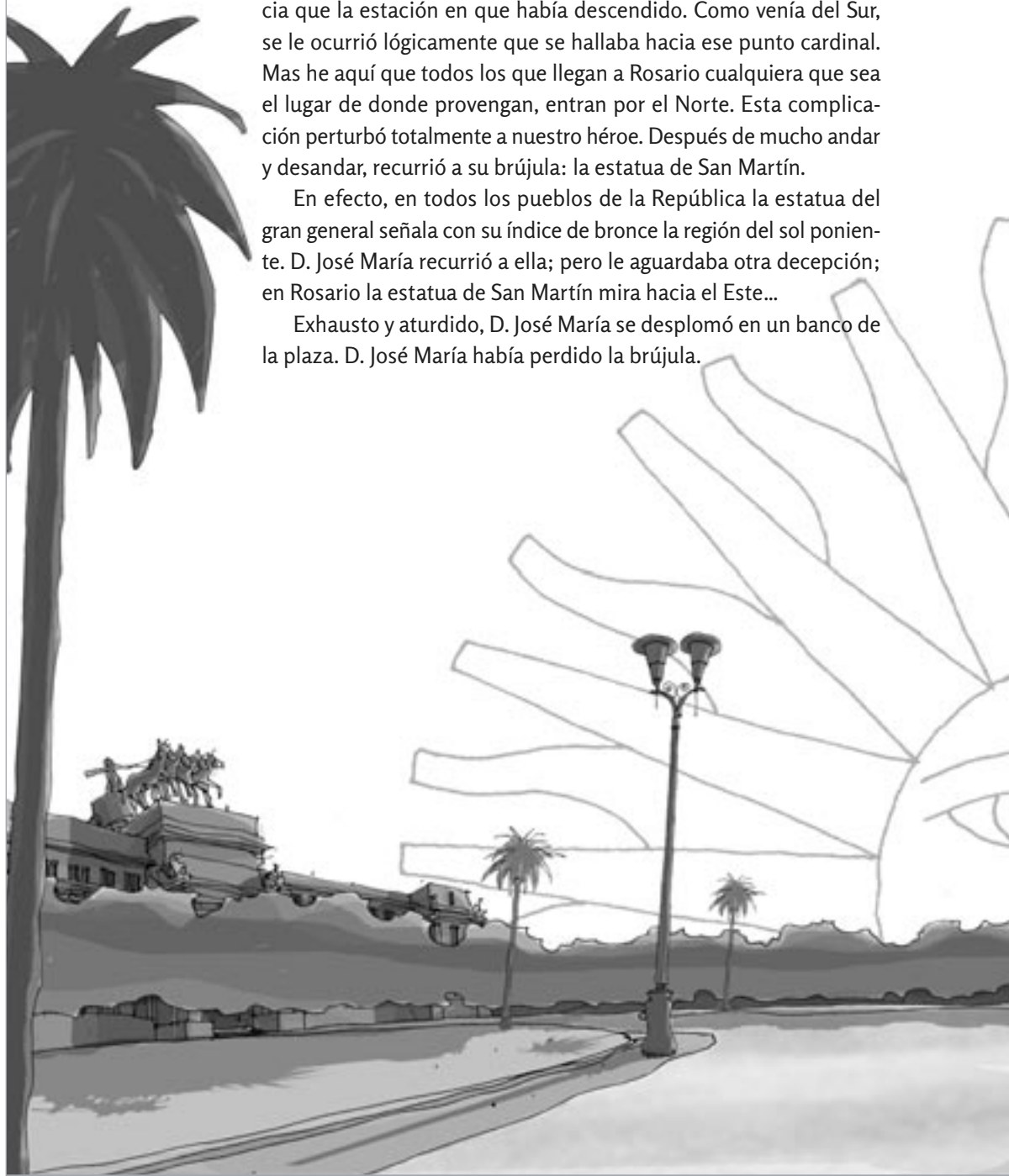
Cada caballo de la cuadriga tira para su lado

>>>

>>> naba, sin recurrir al auxilio de los vigilantes, choferes o transeúntes. Pero para orientarse D. José María no poseía más punto de referencia que la estación en que había descendido. Como venía del Sur, se le ocurrió lógicamente que se hallaba hacia ese punto cardinal. Mas he aquí que todos los que llegan a Rosario cualquiera que sea el lugar de donde provengan, entran por el Norte. Esta complicación perturbó totalmente a nuestro héroe. Después de mucho andar y desandar, recurrió a su brújula: la estatua de San Martín.

En efecto, en todos los pueblos de la República la estatua del gran general señala con su índice de bronce la región del sol poniente. D. José María recurrió a ella; pero le aguardaba otra decepción; en Rosario la estatua de San Martín mira hacia el Este...

Exhausto y aturdido, D. José María se desplomó en un banco de la plaza. D. José María había perdido la brújula.





De espaldas a la justicia

En Rosario, la estatua de San Martín mira hacia el Naciente y muestra la grupa a la casa de justicia. ¿Habrá alguna razón de esta actitud desdeñosa del Gran Capitán? San Martín tuvo numerosos motivos para no creer en la justicia de sus contemporáneos y no le faltaba derecho para esperar que el sol de la gloria iluminase violentamente todo lo que iba dejando a su espalda. Está, pues, bien

Criticar a los burócratas y a los políticos a través del humor era característico de Canela. No tuvo más que llegar a Rosario, antes de la inauguración del Monumento en 1957, para encontrar nuevos argumentos para hacerlo.

>>>



»» así, como lo han puesto en Rosario, contemplando cada día el nacimiento del sol, hacia el lado del río que vio su primer triunfo y volviendo la espalda a las pequeñas pasiones cotidianas: al rencor, la envidia, la codicia, la calumnia, a todo lo que supo despreciar y que jamás quiso combatir. Y está bien así, en propia actitud de héroe, cara a la luz, como ansiando recibir el primer rayo del sol de la madrugada.

Cuadriga simbólica

A la izquierda del General se alza la amplia mole del palacio de la Jefatura Política. Sobre su frontispicio una cuadriga arrastra hacia la plaza el simbólico carro del Estado. Los cuatro caballos están a punto de despeñarse por la fachada, pero su inmovilidad estatuaría dilata indefinidamente el instante crítico de la catástrofe. (He aquí patentizada una de las ventajas de la paralización administrativa.)

D. José María advierte que los cuatro caballos no tiran parejo. Hay, evidentemente, entre ellos disidencias profundas y rencores inallanables.

Cada uno de los caballos de la cuadriga tira para su lado, y más que inteligentes propulsores del carro del Estado, recuerdan a los cuatro redomones que descuartizaron al pobre Tupac Amará.

D. José María piensa entonces, con cierta patriótica tristeza, en los partidos políticos santafesinos, que apenas enganchados al carro alegórico del gobierno se dividen en cuatro y parecen arrastrar a la provincia a un precipicio. Pero por suerte para ella, las disidencias políticas tienen tan poca relación con la felicidad de sus habitantes como la inmóvil carrera de la cuadriga estatuaría con la seguridad de los pacíficos transeúntes de la calle Santa Fe. En Santa Fe la calle y la provincia, nadie teme a los caballos de la cuadriga.

8

Barrio Mataderos

por Rosa Wernicke

El ciruja caminaba lo más rápidamente que podía. Iba hacia su barrio, hacia su mundo escondido allá, al otro lado del puente del ferrocarril Rosario a Puerto Belgrano. Primero el asfalto: Urquiza, Córdoba, Maipú, Avenida Pellegrini, luego el adoquinado: Necochea, Ayolas, Esmeralda, Berruti, Convención y, finalmente, vendría el callejón sin pavimentar hacia el vaciadero. Iba hacia su mundo situado entre un puerto activo, una elegante avenida de circunvalación, todavía en proyecto, una calle con nombre de piedra preciosa y otra con nombre de prócer o balneario.

La Avenida Belgrano se estiraba, rodeando, enlazando coquetamente la verja que delimitaba los terrenos portuarios. No estaba concluida; las obras se habían paralizado y no se sabía cuándo se les daría fin. Pero de todos modos, era bueno saber que el proyecto incluía su extensión hasta el barrio Saladillo.

En el límite donde terminaba aquella y empezaba la desidia urbana, una hilera de arbolitos incipientes comenzaba a echar ramas y hojas. Pronto se convertiría en una elegante cortina impenetrable para el ojo humano. Era demasiado hermosa la Avenida Belgrano para que se permitiera, ni en sueños, que la fealdad del vaciadero municipal malograra su belleza, para que los despreocupados paseantes percibieran la pestilencia que emanaba de él y menos que nada, para que se permitiera poner en tela de juicio, el inexplicable olvido en que vegetaba.

La ciudad parecía avergonzarse de aquel pulmón enfermo del barrio Mataderos, en donde pululaban millares de criaturas humanas con su miseria y su orfandad. Estaban allí, olvidados en medio del febril progreso. Era verdad que el vaciadero quedaba al fin, encajonado, que ni siquiera se le advertía desde la Avenida, pero también era verdad que, deliberadamente, habíase corrido el telón

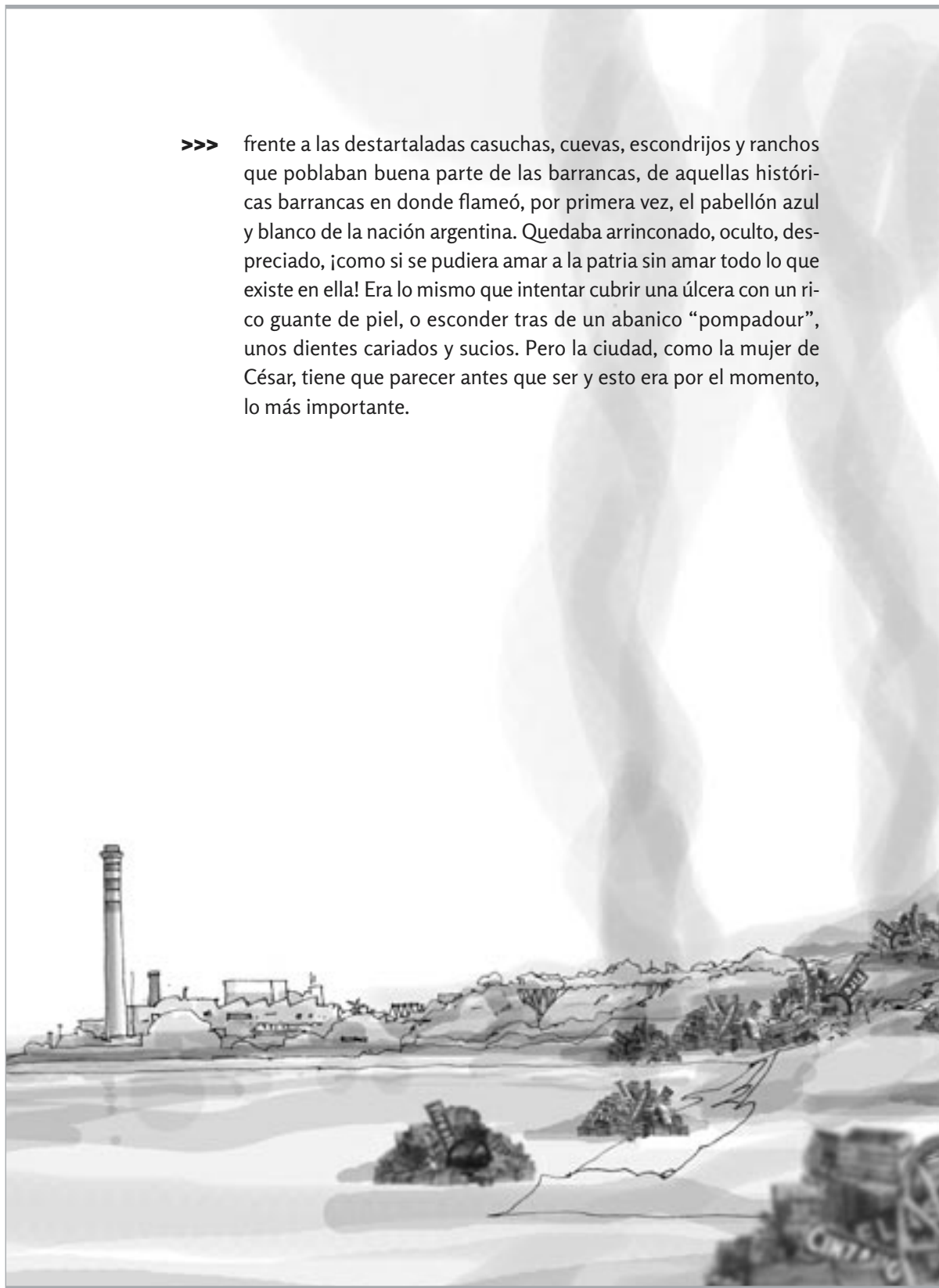


**Donde termina la
Avenida Belgrano
y empieza la
desidia urbana**

>>>

»» frente a las destartaladas casuchas, cuevas, escondrijos y ranchos que poblaban buena parte de las barrancas, de aquellas históricas barrancas en donde flameó, por primera vez, el pabellón azul y blanco de la nación argentina. Quedaba arrinconado, oculto, despreciado, ¡como si se pudiera amar a la patria sin amar todo lo que existe en ella! Era lo mismo que intentar cubrir una úlcera con un rico guante de piel, o esconder tras de un abanico “pompador”, unos dientes cariados y sucios. Pero la ciudad, como la mujer de César, tiene que parecer antes que ser y esto era por el momento, lo más importante.

Rosa Wernicke nació en Buenos Aires en 1907 y murió en Rosario en 1970. Este fragmento pertenece a su novela *Las colinas del hambre* (Buenos Aires, Claridad, 1943).





Rosa Wernicke sitúa en 1937 la primera novela argentina cuyo tema es la “villa miseria”. Su título, *Las colinas del hambre*, alude a los montículos de basura que conformaban el paisaje del vaciado municipal de la época, donde vivían “los olvidados del progreso”.



9

San Lorenzo y Presidente

por Jorge Isaías

**Dos adolescen-
tes se dan besos
frenéticos en un
portal**



Las cartas de amor llevan pedidos de regreso a una ciudad de gatos y techos mojados. Pero obtienen como toda respuesta el repiqueteo de la lluvia y las confesiones suicidas de la vendedora de cigarros y frituras.

Carta a Sidney

Te cuento de aquí:
este Sur navega a ciegas
en un barco de llovizna,
se mueren las palomas,
vi un par de adolescentes
darse besos frenéticos en un portal
a pleno mediodía.
Por lo demás todo mejora
sino fuera por la lluvia.
Te cuento de aquí:

Guillermo me obsequió
por mi onomástico
un magnífico pipero;
el gato sigue jugueteando entre malvones
pero elude los techos por mojados,
y la mujer de San Lorenzo y Presidente
—la que vende cigarros y frituras—
me confesó sus serias intenciones
de suicidio, si este tiempo no se muda.
La calmé hablándole de días futuros felicísimos;
“qué sabrá usted, siendo tan joven”
—contestó riendo intencionada—.
Te cuento de aquí:

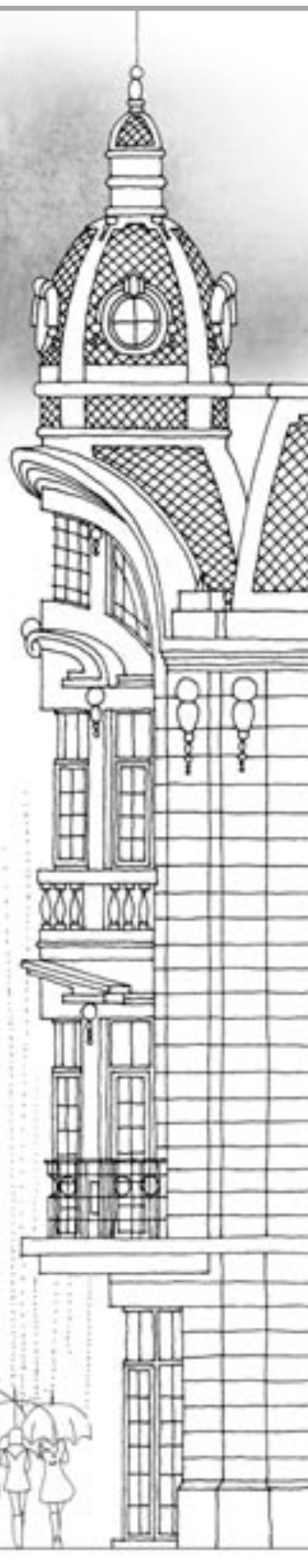
todo mejora
salvo mi reumático vecino
que persigue sus huesos despielados
por techos y cornisas,
y la muchacha de enfrente
que balconea sonámbula mis pasos
(en el fondo me amará, no tengo dudas).

Te cuento de aquí:

algunas cosas no funcionan:
mi encendedor a nafta y el termo trizado
en un descuido;
la muchacha de ojos verdes que supongo
no me ama (me abandona en las noches
con relámpagos, sin importarle
mi angustia y mi deseo).

Te dejo aquí:

 Ilueve en este Sur,
estoy pensando (con quién) si sola
leerás esta carta en Sidney, que imagino
manzanón rojizo y cejijunto.
Reitero la invitación que alguna vez
te hice de pañuelos y regresos;
necesito esa manera tontuela que tenías
de reírte, si es que no le regalaste
—después de tantos años—
tu risa a los canguros.
Acusá recibos, muchos besos, Jorge.



Jorge Isaías nació en Los Quirquinchos (Santa Fe) en 1946. Este poema pertenece a su libro *Cartas australianas* (Rosario, Ediciones La Cachimba, 1978).

10

Camino al Sorocabana

por Rubens Bonifacio

Sin embargo, su malestar crecía pensando que no habría manera de sincerarse con su mujer, explicarle que no podía jugar el producto de toda una vida a una sola carta y en un solo y miserable instante, a pesar de los otros, porque ella, desde luego, se sentiría tan poca cosa viendo sus palabras caer en el vacío, y seguro que al despedirse, a eso de las once y pico, lo besaría sin ganas, con cierta reserva que él rumiará con amargura, acodado en la ventanilla del tranvía, mirando pasar un enjambre de motonetas rapidísimas. Caminaría cinco cuadras a pasos regulares y sin apuro y podría descubrir la prisa en los rostros de la gente bajo el mediodía. Las vidrieras de la calle Córdoba —repletas de objetos multicolores— le producirían las sensaciones caóticas e indescriptibles que a veces lo anonadaban; un cafecito en el Sorocabana, apuntalaría las féreas estructuras de la rutina. Al salir, serían las doce menos cinco en el reloj del Trust y entonces le acosarían su imaginación los grupos de empleados que aguardaban en cada esquina, inquietos e inquietantes, arrebatados de su pauta cotidiana para decirles que no a muchas cosas.

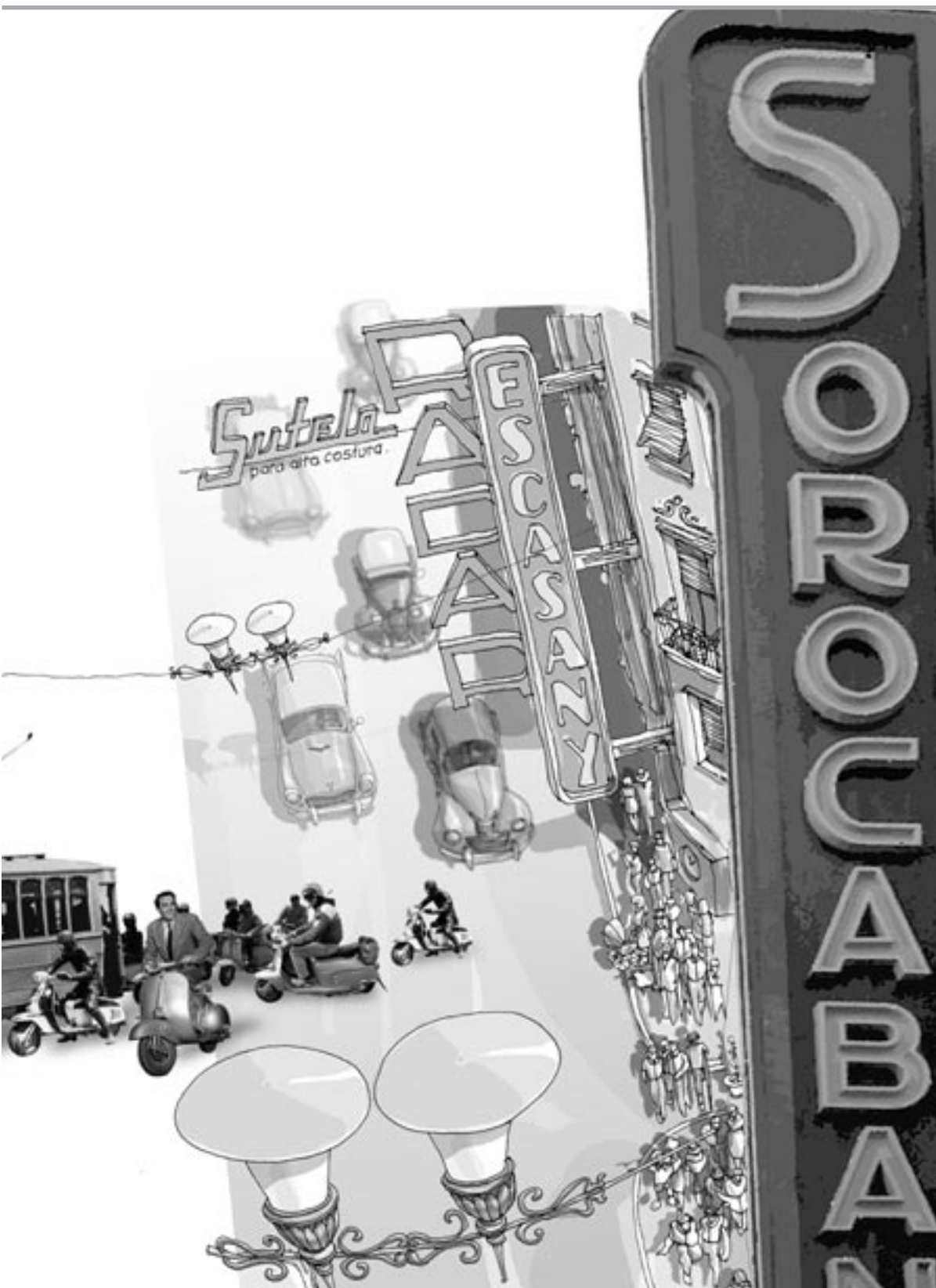
Pasa un enjambre
de motonetas
rapidísimas



El escritor y a la vez dirigente sindical Rubens Bonifacio cuenta las tribulaciones de un empleado que duda en plegarse a la histórica huelga bancaria de 1959, temiendo tanto el juicio de sus compañeros como el de su mujer.



Rubens Bonifacio nació en Alcortá (Santa Fe) en 1929. Este es un fragmento de su cuento "El conflicto", publicado en el libro colectivo Los cuentistas de Rosario (Rosario, Ediciones La Cachimba, 1975).



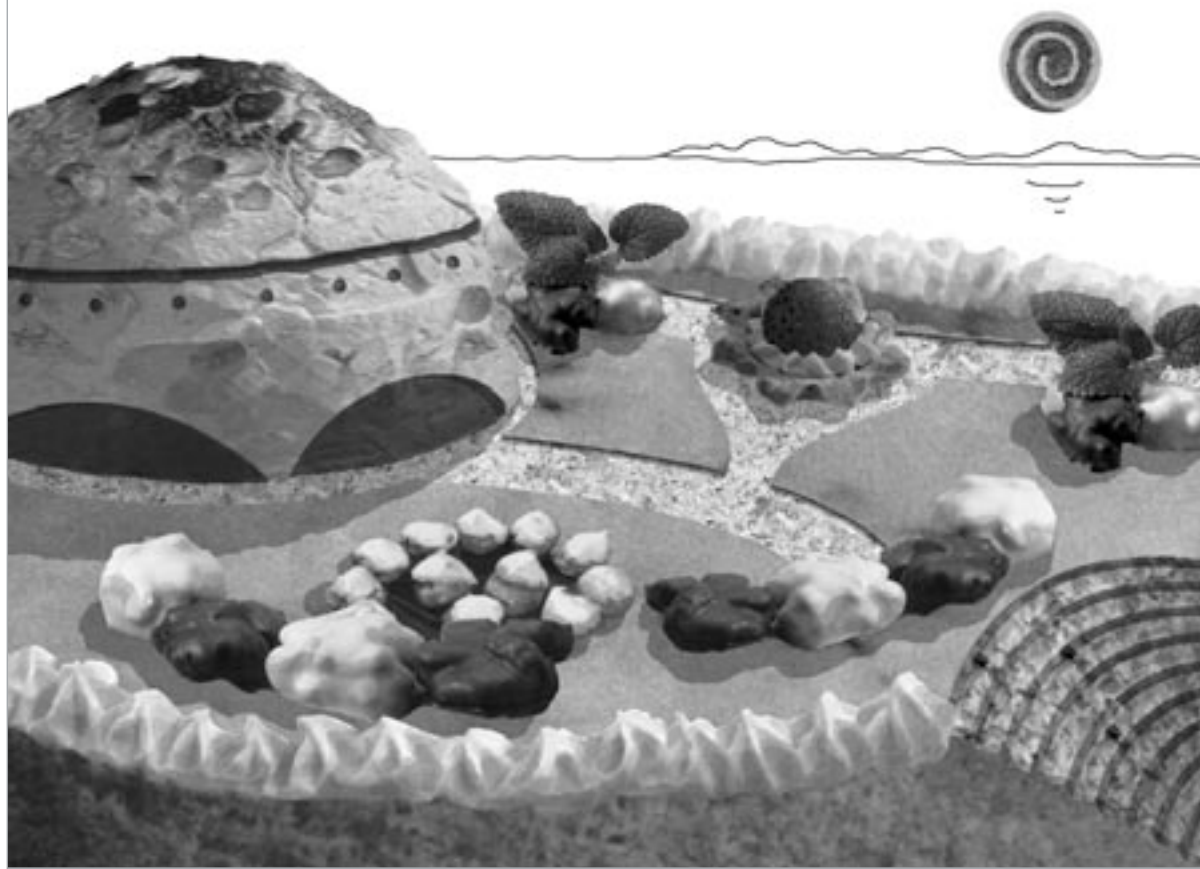
11

Parque Urquiza

por Patricia Suárez

Lo primero que Olga hizo, cuando se encontró sin trabajo, fue dar caminatas. Iba por el parque, bordeando el río, acarreado un pensamiento que traqueteaba dentro de ella, o masticando una frase, un pensamiento de otro, como el que decía “El ámbito de la araña es más profundo”, sin poder comprenderlo. A veces, por falta de costumbre y de ejercicio, se agitaba, y oía el chasquido esforzado de su respiración aleteando en el aire. En los días soleados el río se

Patricia Suárez nació en Rosario en 1969.
Este es un fragmento de su novela *Aparte del principio de la realidad* (Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 1998).



conservaba azul, y parecía ni más ni menos que una mesa dispuesta, que alejaba, de lleno, todas las ideas sombrías. El azul del río se le presentaba, a ella, como una alegría concreta.

Salía a caminar, no porque estuviera excedida de peso, sino porque disfrutaba, de un modo especial, de la cuña que hacía el aire expandiendo su pecho. Ella tenía el cuerpo blanco y redondo, como merengado, y pensaba que, según se viera a sí misma, no era una mujer sino una confitura.

Por lo general, su trayecto finalizaba en el ombú que se levantaba, con terquedad, con aires de aduanero, justo antes del Observatorio Astronómico. Allí, ella alzaba los brazos, inflaba el pecho, entonces oía, se detenía a oír la percusión dentro suyo, como si en su corazón estuvieran riñendo los gallos.

Volvía caminando. Atravesaba la cancha de bochas, y el timbó convencido de ser un pájaro siniestro, y seguía el camino de los bebederos inexorablemente secos. El paso que llevaba, o el aire del parque, la hicieron pensar, durante los dos primeros meses que estuvo sin trabajo, que su vida habría de cambiar. Que daría un vuelco; ella la haría dar un vuelco, como quien pone boca abajo un florero.

De vez en cuando, se asustaba de sólo ver un perro, la visión de un rottweiler bastaba. El perro avanzaba, medio ahorcado en su cadena, con la expresión de cancerbero que a Olga se le antojaba salida del infierno para venir a amedrentarla a ella, justo a ella, temblando dentro de su pánico mientras se le diluían las fantasías de una vida nueva, naciente, y ella volvía a ser la que era, una miniatura, nadie, una nada, lo que ella, en el fondo, sentía que era. Cuando se le acercaba un rottweiler, o un dogo también, ella encomendaba su alma a algún santo, a San Mateo, por ejemplo, que era un santo que siempre le venía a la boca.

En el camino de regreso, serena, o temblando en el caso de que se le hubiera arrimado un perro, entraba a la cervecería. Buscaba una mesa, un punto, desde donde se viera el río y más allá, la isla: la mezcla indefinida de sustancias: las vacas paciendo entre las garzas, y los eucaliptus quemados. Se sentaba sí, en la cervecería, que tenía por nombre Gran Munich, y pedía café y queso, y si el queso era gruyère era como la gloria.

**El azul del río
se le presenta
como una alegría
concreta**



Kafka decidió transformar a Gregorio Samsa en una cucaracha; Patricia Suárez, más gastronómica, convierte a Olga en una torta de merengue que pasea por las inmediateciones del Planetario.

12

Bajada Sargento Cabral

por Pablo Crash Solomonoff

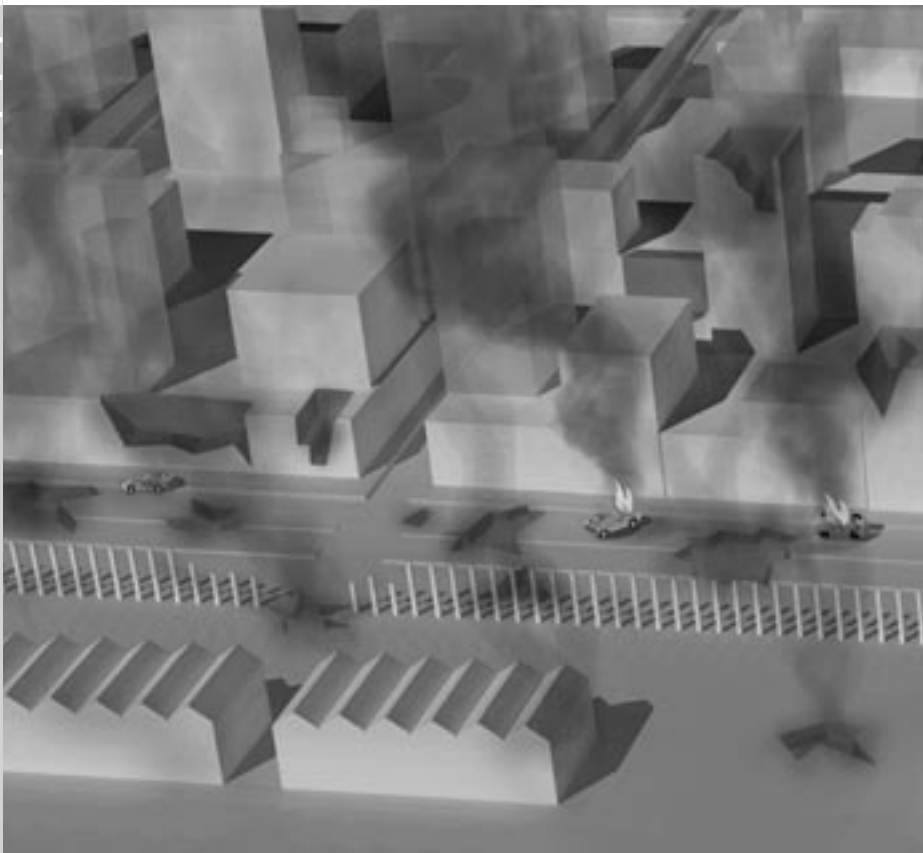
Silecz va armado con su preciado lanzallamas-ametrallador, un arma casi metafísica. Adelante, dos ametralladoras ligeras y una pesada, servida casi siempre por el médico, o el radio-operador; y atrás los dos lanzamisiles Gualicho. Grupos cabalísticos de siete elementos, diseminados en un área de treinta metros cuadrados, interconectados por frecuencia modulada. Los siete rosarinos corren agazapados por las ruinas de la avenida Belgrano para reforzar la defensa antiaérea en el área de la Aduana.



**Un estruendo
de misiles tapa
el sonido de las
voces**



Sitiada por los Cuervos enemigos, la tropa leal a la topografía histórica de la ciudad la defenderá con armas casi metafísicas y estimulada por la insinuante soldado Liotta.



Pablo Crash Solomonoff nació en Rosario en 1972. Este es un fragmento del relato "Sartenes en el aire", perteneciente a su libro *A espaldas del arúspice* (Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2003).

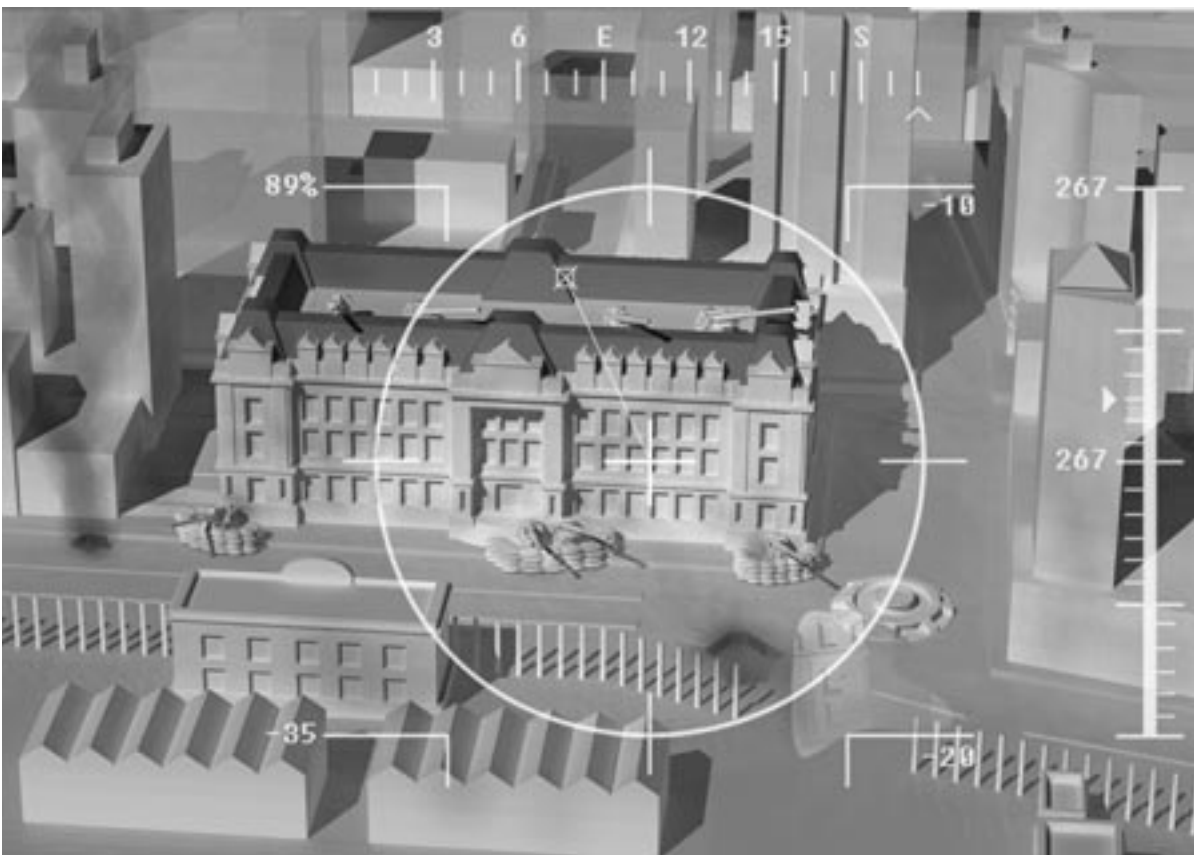
El sargento Thibald los guía esquivando los vehículos en llamas, los escombros, y el fuego aéreo de los Cuervos enemigos. Con él avanza Zachs cubriendo los flancos con la M-60. La soldado Liotta en el centro del grupo lleva el arma más pesada, siempre con esos lentes de precisión que la vuelven letal, vigilando el aire y los edificios tiznados de hollín. Olguín, pegado a ella, sirve el arma, y moviliza el equipo de primeros auxilios. Atrás los dos misilistas, Vielsky y Abud. El enemigo se aproxima desde el río.

—¿Dónde estamos? —se escucha gritar por radio.

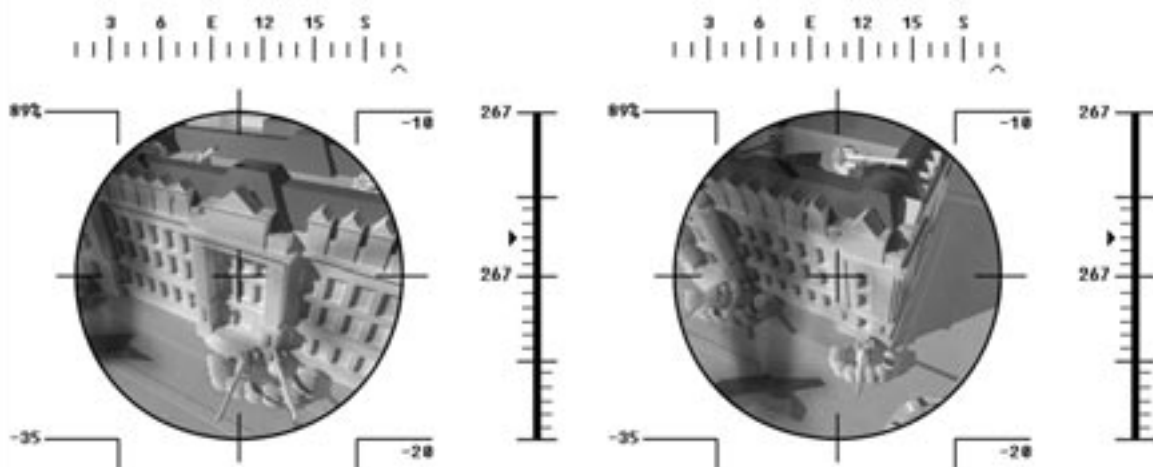
—En Belgrano y Laprida —grita Silecz. El estruendo de los misiles estallando les tapa la voz. Llega una puteada entrecortada. La soldado Liotta que bajó uno más.

—¿Cuándo van a llegar nuestros Yaguaretés?

>>>



>>> —Olguín, comuníquese con el grupo de Abramski —grita el sargento escudándose detrás de un palo borracho caído. Silecz y Zachs responden al fuego de ametralladora desde el paredón demolido de la Aduana. Cae un cuerpo.
—¡Tenemos que concentrarnos!
Abud se ubica a unos cinco metros a la derecha de Zachs y dispara un misil.
—¡Guasca! —avisa.
—¡Yajuu! —gritamos todos al unísono.
—¡Vamos! Festejaremos después —grita intranquilo el sargento.
Es, en parte, efecto de la velocet. Nos domina una euforia artificial. La tensión debe aflojar por algún lado. Tirarse a la soldado Liotta no es suficiente. Dejamos atrás el edificio de la Aduana. Cielo abierto. La fuente medio torcida mana agua sucia hacia un costado de la bajada Sargento Cabral.



Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



En el próximo número

Oscar Taborda **Alfonsina Storni**

Daniel Giribaldi **Osvaldo Bazán**

Borges / Bioy Casares

Daniel Briguet **Rafael Telpi**

Recorrido 3 de 10

Aparece el domingo 25 de julio

Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad

*En el año del III Congreso Internacional de la Lengua Española
“Escritura literaria: la invención de una identidad”*



III Congreso de la Lengua Española
“Identidad lingüística y globalización”

:e(m)r;

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



MUNICIPALIDAD DE ROSARIO
SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar